EL TRABAJO Y LOS HOMBRES

POR

BERNARD LARGILLIER.

«Lo que vale es una cierta ordenación de las cosas. La civilización es un bien invisible, ya que no recae sobre las cosas sino sobre los lazos invisibles que las anudan, unas a otras, de ésta y no de otra manera».

A. DE SAINT EXUPERY
«Lettre au Général X» (julio 1943)

GANARÁS EL PAN CON EL SUDOR DE TU FRENTE.

Es preciso trabajar para vivir, dice el buen sentido popular. Tanto como una necesidad, el trabajo es un deber de estado.

Pero nada nos impide recordar la moral de la fábula de Florian, "La guenon, le signe et la noix": *Recordad que, en la vida, sin un poco de trabajo, no existe placer.*

Más que del placer querría ocuparme de los bienes que procura el trabajo, y, más todavía, de lo que podemos hacer para que, en el entorno de cada uno de nosotros, los hombres se elevaran con su trabajo.

Para que, según la expresión del grupo de reflexión para el VI Plan, *"los hombres no tengan la impresión de que pierden su vida al ganársela"*.

¿Cómo se puede definir el trabajo?

Es la actividad organizada de los hombres en la sociedad.

Es una actividad, propia del hombre, para cultivar y dominar la naturaleza y, con ella, realizarse. Por el trabajo, el adolescente se hace adulto y, más tarde, su trabajo lo califica dentro de la sociedad: es albañil, artesano, campesino, abogado, médico, militar, político según cual sea su actividad.

Fundación Speiro

Es una actividad organizada, cuya trama es todo el tejido social. El hombre no puede trabajar solo, su actividad sólo puede realizarse con otros hombres y necesita, por lo tanto, un mínimo de organización. Hablar del trabajo es, en consecuencia, hablar de las relaciones humanas que implican la organización del trabajo.

Esto equivale a decir que nuestro tema constituye un capítulo esencial del problema del hombre y de la cuestión social al mismo tiempo.

¿Por qué tratamos de este tema en este Congreso?

Los problemas humanos del trabajo son tan importantes, como lo atestigua todos los días la actualidad, que, si son subestimados, las naciones corren el riesgo de sufrir explosiones capaces de hacer peligrar sus propias libertades como nación. Por eso mismo, el problema de los hombres en el trabajo es un problema político.

Es preciso, por lo tanto, responder a la doble cuestión que el tema de "La Esperanza Política" plantea con relación al nuestro.

¿Existe esperanza humana de mejorar la condición de los hombres en el trabajo y de resolver con ello los conflictos sociales?

¿Qué consecuencias podría tener, para la nación, la solución de los problemas del trabajo?

Para responder adecuadamente se impone una encuesta. Esta encuesta, muchos la han realizado y la enfocan en su aspecto relativo a la adecuación de las relaciones humanas en el trabajo.

Ruego que perdonen Vds. el carácter de esta exposición, un poco especializado y limitado al terreno de mi competencia.

Luego veremos cómo las realidades actuales no dejan de encontrarse con ciertas doctrinas.

Y, en fin, extraeremos, a la vez, argumentos de esperanza y lecciones para nuestra acción.

* * *

Se han realizado experiencias de todo orden, en lo que concierne a las relaciones humanas en el trabajo, materia en la cual los escollos son numerosos.

Hay dos clases de vías falsas: La primera consiste en esperar la

Fundación Speiro

salvación de un sistema, o de cierta ordenación inflexible del mundo entero, de una fórmula social expresada en normas teóricas.

Es una vía recorrida por los utopistas y revolucionarios, que prometían "futuros de ensueño". Sin embargo, los "futuros" que ahora conocemos son poco edificantes.

Esta vía ha sido también emprendida por muchos tecnócratas y reformistas que, mediante un texto legislativo, pretenden reconstruir el mundo o ***conducir el cambio***... (1).

Hay demasiados textos legales en esta materia. Aquellos que se preveyó que constituirían el mejor arreglo de las relaciones humanas en el trabajo mediante nuevas instituciones terminaron en fracasos:

—Sea porque las instituciones puestas en marcha, tales como los Comités de empresa o los delegados del personal, han sido desviadas de sus fines genuinos, y utilizadas por el sindicalismo partidista y revolucionario.

—O bien, por haber fiado en las fuerzas espontáneas del instinto vital, en los impulsos afectivos del individuo, sin plantearse si de ello no resultaría una conmoción en el orden de las cosas. Se reconoce la actitud de quienes vuelan en socorro de los hombres con buenas intenciones, pero caen en lamentables fracasos, por haber desconocido las limitaciones elementales de toda vida social.

Ni las formas elaboradas en la Universidad por teóricos desencarnados, ni las experiencias espontáneas han resuelto la cuestión social.

Los conflictos de trabajo persisten, aunque con menos amplitud de la que la gran prensa les atribuye. Los hombres no han encontrado

---

(1) En «L'enracinement», Simone Weil había advertido que este camino es equívocado, cuando escribió: «*No se podrá destruir la condición proletaria con medidas jurídicas, ya se trate de la nacionalización de las industrias claves o de la supresión de la propiedad privada, o de poderes concedidos a los sindicatos para la celebración de convenios colectivos o a los delegados de fábrica, o del control de éstas. Todas las medidas que se proponen, tengan etiqueta revolucionaria o reformista, son puramente jurídicas, y no es en el plano jurídico donde radican las desgracias de los obreros ni el remedio de esas desgracias*».

Fundación Speiro

en la fórmula moderna el respeto de su condición ni su expansión en el trabajo, según parece.

Sin embargo, decía Saint Exupery: "*Si el respeto al hombre tiene su fundamento en el corazón de los hombres, éstos acabarán por fundar, en torno suyo, un sistema social, político o económico que consagrará este respeto*" (2).

Simone Weil advertía, ya antes de la guerra, que *el problema de hallar el régimen más deseable en las empresas industriales es de los más importantes para el movimiento obrero* (diríamos hoy para todos los asalariados). *Lo más asombroso es que jamás haya sido planteado. Me parece que no fue estudiado por los teóricos del movimiento socialista; ni Marx ni sus discípulos le consagraron obra alguna... El movimiento obrero mismo, ya se trate del sindicalismo o de las organizaciones obreras que precedieron a los sindicatos, tampoco ha intentado tratar ampliamente los diferentes aspectos del problema.*

Y añadía: *Cuando pienso que los grandes jefes bolcheviques... ni seguramente Trosky* (a quien ella conoció), *ni Lenin tampoco, según creo, jamás habían puesto sus pies en una fábrica... la política me parece como una siniestra patochada* (3).

De hecho, los socialistas, el movimiento sindical revolucionario y los demagogos que se inclinan ante ellos han venido proponiendo, desde hace tiempo, prótesis para defender los derechos e intereses de los asalariados.

Estas prótesis consisten en las jerarquías paralelas, sindicales o parasindicales, es decir, en nuevas instituciones que, como contrapartida, confieren poderes a hombres sin responsabilidad, a diferencia de las jerarquías que se pueden denominar naturales y que se caracterizan porque tienen unas responsabilidades correspondientes a sus poderes.

Exceptuado cierto sindicalismo reformista muy meritorio, estas instituciones paralelas no solamente han probado su incapacidad para defender los verdaderos intereses de los trabajadores, sino que no han

(2) «Lettre à un otagé», Gallimard 1944, pág. 39.

(3) *La condition ouvrière,* I carta a A. Thévenon.

Fundación Speiro

cesado de ser fuentes de nuevos conflictos. Y el fracaso de estas prótesis es tanto más manifiesto cuando las instituciones de que se trata se han convertido en la organización política de aquellos que sólo viven de los desórdenes de la sociedad; organización esta que nadie aprueba excepto, precisamente, aquellos para los cuales significa el único medio de supervivencia.

Y, sin embargo, estas fórmulas de empaste y estas prótesis revolucionarias, presentadas como solución del porvenir, seducen, a pesar de sus fracasos.

Esto se explica por el derrotismo de las élites y por nuestra falta de presencia ante los hombres: En efecto, algunos sostienen el movimiento sindical revolucionario porque no hallan ninguna otra vía.

Pero, a pesar de todo, este número es pequeño. Estas centrales revolucionarias carecen de efectivos, y la situación social está lejos de ser tan catastrófica como los *mass media* hacen creer.

Los hombres están equivocados y, por lo tanto, es necesario restablecer la verdad. Hay hombres satisfechos de su trabajo. También hay, en gran mayoría, fábricas en las que todo va bien, donde no hay grandes conflictos y donde los problemas son resueltos por el entendimiento humano. No hay, por lo tanto, motivos para desesperar.

Por consiguiente, si hay fábricas y oficinas en las que reina un buen clima, esto significa que hay solución para los problemas de los hombres en el trabajo. Y es acerca de estos éxitos sociales constatados sobre los que importa desarrollar nuestra encuesta.

Comprobación de éxitos.

Se han realizado, en diversos lugares, esfuerzos para la restauración de las relaciones laborales por parte de los jefes de empresas. De éstos, algunos actúan por motivaciones puramente materiales, otros por razones más elevadas, humanas, y a veces espirituales, aunque de una manera absolutamente empírica, es decir, teniendo en cuenta todas las constricciones de la vida, tratando escrupulosamente de desembarazarse de toda ideología para extraer siempre las lecciones de la experiencia.

Fundación Speiro

Un jefe de taller nos dijo, recientemente, lo que había descubierto: "Es preciso, ante todo, considerar al personal como hombres y actuar de manera que en sus lugares de trabajo se sientan como en su casa, y que, como en ella, tengan iniciativa y responsabilidad".

Objetivo muy hermoso; pero ¿cómo realizarlo?.

Tomemos como muestra un ejemplo:

En numerosas fábricas francesas y extranjeras se ha puesto en marcha un sistema de remuneraciones que tiene en cuenta, ante todo, a los hombres. Según datos de realizaciones prácticas que pueden variar, el modo de tener en cuenta a los hombres en el trabajo al remunerarles puede resumirse, en primer lugar, en función de:

a) Calidad de su trabajo.

b) Su polivalencia, es decir, su capacidad de adaptación para hacer trabajos diversos.

c) La cantidad de trabajo que es, todavía, el mejor medio de impedir la pereza.

d) En fin, las cualidades humanas, diferentes de las profesionales, de las que jamás nadie puede negar su influencia sobre el trabajo.

Estos datos han sido inducidos, de hecho, para personalizar las remuneraciones y establecer unos salarios justos, a fin de que no solamente remuneren el producto del trabajo, sino el trabajo mismo, constitutivo de la actividad de cada hombre, y que, por lo tanto, es algo personal que no puede revelar solamente el aspecto cuantitativo.

¿Cómo, sin embargo, puede lograrse, en la práctica, esta personalización de los salarios?

Para apreciar la calidad del trabajo, las aptitudes personales de los hombres, sus cualidades humanas, tales como el sentido del servicio prestado, el respeto a los demás, el cuidado del material, no sirven las máquinas, se necesitan hombres.

Para juzgar, es preciso conocer: Los hombres idóneos para esto son aquellos que mandan directamente a los obreros, y que, en los talleres o las oficinas, conviven con ellos durante toda la jornada. He ahí un ejemplo de lo que muchos cuadros y dirigentes del mundo del trabajo han aplicado de manera empírica.

Fundación Speiro

El presidente de la CNPF (4) hacía observar, en una reunión de industriales, hace algunas semanas:

Es preciso desarrollar las condiciones de un diálogo social, es decir, desarrollar el aspecto de comunidad humana de las empresas. Y precisaba: *este diálogo pasa a través de la jerarquía y del mando intermedio. Sólo cuando el encuadramiento haya encontrado su lugar, podremos hallar el diálogo auténtico.*

Así, siempre que por la jerarquía y por los mandos intermedios, los trabajadores han sido considerados como hombres y no como máquinas, estos hombres han sido considerados con su propia personalidad por sus jefes y nunca los resultados han sido decepcionantes.

Con una jerarquía de mandos, que siempre es necesaria para la vida misma de las empresas, las fórmulas de enriquecimiento del trabajo, de participación y de diálogo adquieren una nueva dimensión, que, ante todo, promueve la mejora del clima humano de las empresas y, por ello, la solución de los conflictos y la mejora de los hombres.

En un encuadramiento adecuado, los hombres tienden a interesarse por sí mismos, a promocionarse y procuran adquirir una calificación técnica superior, o por lo menos ascender en la jerarquía y elevarse por el trabajo.

Los hombres, dentro de una jerarquía, se encuentran valorizados y elevados, porque sus funciones ya no son solamente técnicas y administrativas, sino humanas; ganan en verdadera autoridad y pueden adquirir, así, tanto enriquecimiento personal como las relaciones humanas pueden ofrecer.

Además, la personalización de las relaciones y la multiplicación de los contactos entre los hombres, en los lugares de trabajo, evitan que se caiga, tanto bajo el pesado silencio de la subversión, como en el totalitarismo de las propagandas ideológicas y partidistas.

Todo esto, en definitiva, consiste acaso en lograr un poco de arraigo cuya necesidad, decía Simone Weil, es la más importante del alma humana, la más desconocida y la más difícil de definir.

Cuando en una fábrica reina un clima adecuado, se realiza aquello

(4) Conseil National du Patronat Français.

Fundación Speiro

que Simone Weil deseaba ardientemente para destruir las condiciones de la proletarización, ya que, decía ella, *el arraigo y la multiplicación de los contactos son complementarios.*

Este arraigo y esta multiplicación de los contactos entre los hombres se realizan, por consiguiente, en múltiples islotes de vida intensa, en los medios industriales, y ahí, precisamente, han sido realizadas, con frecuencia, por hombres de cualidades medias, pero que, por su buen sentido de la realidad y por sus valores puramente humanos, han logrado elevar a los hombres con quienes trabajan.

De manera más sintética, en el plano práctico de la política social, esta religación en el trabajo se logra mediante la restauración de las jerarquías naturales, únicas responsables y competentes, sin las cuales el trabajo no puede realizarse. Este primer cuidado de los hombres pasa, por consiguiente, por las jerarquías naturales, dotándolas de los poderes adecuados; es decir, descentralizando y delegando.

Hay un hecho que, en 1976, nadie puede negar: más que nunca la restauración del trabajo, la mejora de las condiciones obreras, la desproletarización, dependen principalmente de la jerarquización. Cuando se logra, los obreros ven bien que las empresas no son campos cerrados de lucha, sino, por el contrario, que la lucha de clases no es otra cosa sino un mito y que ese ideal del progreso social, que para los ideólogos sólo es un proyecto vago, se realiza en cuanto se consigue la más simple convivencia y entendimiento entre los hombres acerca de sus necesidades en la vida cotidiana.

Presiento una objeción: No se va al trabajo para lograr sonrisas. Debo admitirlo.

En la realidad, se ha demostrado que las condiciones de expansión de los hombres son las mismas que las condiciones de prosperidad de la empresa.

Hay que rendirse, por lo tanto, ante la realidad, y esta realidad es una fuente de esperanzas políticas, diferente de cualquier otra, porque la situación social está lejos de ser tan catastrófica como nos la presentan los *mass media;* la condición obrera no es la del siglo XIX y, aun cuando todavía existiese, hoy sabemos de qué medios disponemos para mejorarla. Las prótesis revolucionarias han

Fundación Speiro

fracasado siempre de un modo lamentable. En todas partes, todas las jerarquías paralelas que han establecido los gobiernos socialistas, o los gobiernos liberales, bajo la presión de la oposición, se desploman lamentablemente o pierden toda audiencia, porque la naturaleza recupera sus derechos, porque no se fuerza la realidad, porque estas prótesis nada han hecho, históricamente, para elevar a los hombres con su trabajo.

Pero hay, todavía, otra fuente de esperanza política. El director de un centro de formación profesional nos decía que los jefes de empresa y los cuadros veían bien la realidad, pero que, como no tenían doctrina, no llegaban a captarla de un modo suficiente para llegar a deducir de ella todas sus lecciones.

Importa, por lo tanto, dar adecuada respuesta a esta necesidad, y buscar la doctrina que confirme las enseñanzas de la experiencia, y que, escapando al espíritu del sistema, puede ser como un faro para dar luz a quienes tengan responsabilidad en el mundo del trabajo.

¿Cómo se presenta la vía a seguir?

¿Disponemos de enseñanzas doctrinales?

Esta doctrina existe, como puede leerse en la Encíclica de Pío XI "Quadragesimo Anno":

"*Así como no se puede quitar a los individuos y darle a la comunidad lo que ellos pueden realizar con su propio esfuerzo e industria, así tampocoo es justo, constituyendo un grave perjuicio y perturbación del recto orden, quitar a las comunidades menores e inferiores lo que ellos pueden hacer y proporcionar y dárselo a una sociedad mejor y más elevada, ya que toda acción de la sociedad, por su propia fuerza y naturaleza, debe prestar ayuda a los miembros del cuerpo social, pero no destruirlos y absorberlos*".

Así, la aplicación al mundo del trabajo de este sabio principio consiste en no quitar a los hombres, en ninguno de los escalones de la jerarquía, atribuciones que sea capaz de desarrollar. Este principio, que permite personalizar las relaciones de trabajo, pertenece

Fundación Speiro

al patrimonio católico, y constituye, pues, una de las grandes reglas de la doctrina social.

Este principio, llamado de subsidiariedad, no contradice las enseñanzas de la realidad, sino, por el contrario, las explica, presentándose así como la solución del porvenir, no solamente en la cuestión social, sino también para el enderezamiento económico de las empresas y, por ende, del país.

Hablando de los problemas del mundo del trabajo, Pío XII decía: *Es preciso, ante todo, preservar de una despersonalización malsana las formas fundamentales del orden social* (5).

La experiencia nos enseña que la superioridad de las relaciones humanas en el trabajo es un medio de elevar a los hombres.

Esta personalización de las relaciones es un principio católico, tanto como el medio para alcanzar dicha elevación.

En su mensaje de Navidad de 1952, Pío XII, igualmente, decía: "*Enemigo ante todo de turbar el orden preexistente por El establecido en la creación, Dios mantiene firme todo el vigor en aquellas leyes generales que gobiernan el mundo y la naturaleza del hombre...*".

Entre estas leyes figura aquella según la cual ninguna sociedad organizada puede prescindir de la jerarquía. Así, el camino de la eficacia y de la jerarquía para restaurar el trabajo es, también, la vía del orden natural y divino que, como tal, pertenece a la doctrina social de la Iglesia.

El método empírico, el de inducción sobre las realidades, es, por consiguiente, católico y, en palabras de Pío XII, se verifica, porque el progreso obtenido en materia social, por lo que se refiere a la personalización de las relaciones del trabajo, ha sido logrado obteniendo provecho de las enseñanzas de la realidad. La idea de mérito, la justicia en los salarios y la reunión interés-deber, ya se trate de los salarios o de la organización del trabajo, son nociones eminentemente cristianas.

"*Necesario es que sepáis por qué la doctrina católica tiene de su*

(5) Mensaje de Navidad de 1952. *Sociedad mecanizada y despersonalización del hombre.*

Fundación Speiro

parte la razón" —decía Pío XII a las juventudes católicas el 8 de diciembre de 1947—: de ella "depende no sólo la salvación eterna de los hombres, sino también la dignidad y la felicidad de los hombres en la tierra, el orden social, la justicia y la paz". Así, también, tiene por misión la mejora de las condiciones del trabajo, el desarrollo y la promoción de los hombres en las fábricas, la verdadera reforma social que protege a las viudas y a los huérfanos y, también, el éxito económico y el bienestar material.

Llegamos, así, a esta comprobación: La síntesis católica no es solamente una enseñanza acumulada, sino también el conjunto de las lecciones que todos los días nos enseñan la realidad y la experiencia.

De ese modo se confirma lo que en 1951 Pío XII decía a los trabajadores españoles: *"No olvidéis, tampoco, que todo lo bueno y justo que encontréis en los demás sistemas, se encuentra ya en la doctrina social católica"*.

"Toda verdad, venga de donde venga, es del Espíritu Santo", decía San Justino.

He ahí lo que importa demostrar, en la hora actual, para convencer a nuestros contemporáneos: esta conjunción entre las enseñanzas de la Iglesia y las enseñanzas de la realidad. Y, ¿no es esta conjunción, fuente de esperanza política?

Las experiencias políticas y sociales contemporáneas corroboran las enseñanzas de los Papas; y las piedras gritan lo que la doctrina ha cesado de enseñar.

Hamish Fraser dice que *el último y más serio obstáculo a su conversión era la ignorancia de los católicos respecto del mensaje social de la Iglesia, o su indiferencia al respecto* (6).

Conocida la doctrina, sin embargo, ésta no basta. El obstáculo principal para nuestro progreso es que no sabemos establecer, en forma suficiente, el enlace que existe entre la doctrina y la enseñanza de lo real y cotidiano, lo que trae como consecuencia, a los ojos de nuestros contemporáneos, la de reducir la verdadera doctrina a la dimensión de cualquier ideología y, para nosotros, la de

(6) Prefacio de «El Trabajo», de J. Ousset y M. Creuzet,

Fundación Speiro

creer que esta bella doctrina resulta, a veces, despreciada, lo que no puede dejar de causarnos el descorazonamiento, cuando no la duda.

Establecemos enlaces entre la fe, la razón y la doctrina, pero con demasiada frecuencia omitimos el último eslabón de la cadena, que consiste en la encarnación de esta doctrina en el mundo contemporáneo.

No es hora ya de proclamar pura y simplemente la doctrina, puesto que resulta manifiestamente insuficiente, sino de efectuar la demostración de cómo el orden político y social será restaurado por la proclamación de la doctrina católica, y de que eso es posible.

Omnia instaurare in Christo, según la divisa de San Pío X, sí. Pero decid esto a un jefe de empresa que tiene problemas, ¿cuál será la diferencia que establecerá, entonces, entre vosotros, los testigos de Jehová, o el Comité de Salvación, si no estamos en condiciones de demostrar que la buena política, la buena economía y la paz social pasan por la aplicación de un cierto número de reglas que han sido ya demostradas? Sólo entonces nos resultará más fácil demostrarles que éstas son las reglas de la doctrina social católica, que es precisamente el medio de restaurar todo en Cristo.

La divinidad de Cristo es puesta ciertamente en duda en la hora actual; pero, por reacción, a fuerza de recordar su carácter divino, se acaba muchas veces por olvidar su carácter humano.

Importa conocer bien este carácter humano del cristianismo, es decir, la encarnación de la doctrina católica.

El sentido cristiano del trabajo.

La verdadera humanidad del trabajo no pertenece a la revolución, sino al catolicismo, y la historia está ahí para probarlo. Así, no es una casualidad que las auténticas reformas sociales hayan sido siempre inspiradas por el catolicismo y no por la revolución. Esto hizo que el profesor marxista Henri Lefèbvre afirmara:

"*El marxismo no se interesa por el proletariado porque sea débil, que es lo que hacen las gentes caritativas, sino porque es una fuerza*".

Fundación Speiro

Unicamente la civilización cristiana ha sabido promover el trabajo manual o intelectual.

El cristianismo ha generado, históricamente, el enriquecimiento de los oficios y de las artes, así como una organización económica que las otras civilizaciones jamás han conocido.

Pío XII afirmaba:

"Como medio indispensable de conquista del mundo, medio querido por Dios para su gloria, todo trabajo posee una dignidad inenajenable y, al mismo tiempo, una relación estrecha con el perfeccionamiento personal" (7).

El hombre puede considerar... su trabajo como un verdadero instrumento para su propia santificación, porque trabajando perfecciona en sí la imagen de Dios, satisface sus deberes y tiene el derecho de procurarse, a sí y a los suyos, la subsistencia necesaria, haciéndose útil a la sociedad (8).

Se pueden distinguir tres dimensiones del trabajo:

1) El servicio prestado a la sociedad por sus frutos exteriores.
2) La satisfacción de la necesidad que tienen los hombres de ganar el pan.
3) El medio de elevarse, de hacer fructificar los dones que han recibido, el medio de liberarse y de santificarse por las obras.

Pero el trabajo es, para los hombres, el medio de responder a su primera misión, que consiste en cultivar la tierra y dominar la naturaleza y alcanzar su finalidad, la vida eterna.

¿No es el trabajo el mejor medio de realizarse por las obras y de hacer fructificar los talentos, según la parábola?

La doctrina social de la Iglesia, tal como nos la enseña el magisterio y la experiencia, ¿no es acaso también el medio de organizar el trabajo, de tal forma que facilite a los hombres el que puedan, a la vez, desarrollar los dones recibidos y practicar las virtudes sociales?

Ciertamente. Pero, ¿qué esperanza tenemos de restaurar el orden

---

(7) Redimensaje de Navidad 1942.
(8) Mensaje de Navidad de 1952.

Fundación Speiro

social y político, según esta concepción del trabajo y esta doctrina social?

a) Parece, ante todo, que el fracaso social del liberalismo, por cuya influencia sufre todavía el mundo del trabajo, procede del hecho de que el trabajo ha sido amputado de su dimensión más hermosa, la de la perfección; y también parece que nosotros no tenemos razón alguna para desesperanzarnos de ver reforzarse el orden social, puesto que verdaderos remedios han sido tan poco aplicados y tan desconocidos.

b) A quienquiera que vea el mundo del trabajo tal como existe, y no como la prensa lo presenta, observará que las fuerzas vivas de la nación, los obreros, los agentes, los cuadros de mandos intermedios, los jefes de empresa, en general, son extremadamente receptivos a esta lección de la realidad y, por ello, a la verdadera doctrina.

Los elementos de la síntesis católica son reconocidos, aprobados y difundidos, efectivamente, por toda clase de gentes que no conocen esta síntesis, pero que la buscan y se ven obligados a reconocer sus elementos porque, de otra forma, no podrían vivir.

Los elementos de esta síntesis que hemos presentado no son otra cosa que los puntos de paso obligados, sin los cuales la economía no podría funcionar y los hombres no podrían vivir en sociedad.

Naturalmente, la justicia en los salarios, la relación entre poder y responsabilidad, la personalización de las relaciones, el enriquecimiento por el trabajo, han sido siempre defendidos, aunque no siempre por los mismos motivos, y esto es lo que es preciso ver. Por divididos que puedan parecer en sus creencias jefes de empresa, mandos y obreros, es lo cierto, que, aunque no sea sino por razón de su bien más inmediato, se ven obligados a ponerse de acuerdo en las necesidades políticas del mundo del trabajo. ¿No pueden estos puntos de convergencia ser la base de nuestra acción y los pilares que permitan la salvación pública?

Las solidaridades naturales están todavía muy vivas en los lugares de trabajo, y podemos decir, con el Papa Pío XII: *"Sobre la base*

Fundación Speiro

de estas solidaridades invitamos a edificar la sociedad, y no sobre sistemas vanos e inestables" (9).

Se objetará que los católicos están lejos de figurar a la cabeza de las reformas, a la hora actual. Sin duda, porque no han cumplido, o han cumplido mal, sus deberes políticos; pero ¿se puede, por ello, desesperar?

No, ciertamente no.

En una editorial de PERMANENCES, decía Michel Creuzet: *"Un jefe de empresa, los cuadros establecen en el lugar de trabajo las condiciones de justicia, de paz, de dedicación a las tareas comunes, pese a los defectos de cada uno, las imperfecciones y las presiones de los clanes políticos, esas gentes, incluso, realizan la esperanza política a pesar de que no conocen, a veces, el alcance de lo que hacen, mejor con frecuencia, que aquellos que en teoría proclaman la esperanza y se desinteresan de la práctica"*.

Este párrafo resume toda nuestra esperanza política sobre el tema del trabajo y de los hombres. Así llega a situarse esta esperanza.

Numerosos responsables y cuadros de la industria han realizado, sin conocer perfectamente la doctrina, o sin saber que era doctrina de la Iglesia, ciertas "condiciones políticas, necesarias para la salvación de los hombres que tenían a su cargo, aunque no haya sido más que por el hecho de que en un buen clima este compromiso con estos hombres honestos constituye nuestra esperanza, y es el eje de nuestro deber político, como recordaba J. Tremolet de Villers, comentando a León XIII.

Esto es fuente de una esperanza que es perfectamente católica, porque, en otras condiciones de justicia, de paz y de caridad social, se ha visto cómo los hombres se manifestaban y elevaban por el ejercicio de unas virtudes que no habrían practicado en otras circunstancias, lo cual nos pone de relieve la acción de Dios sobre los hombres, aun agnósticos, a veces incrédulos, lo que no es el menor de los argumentos de nuestra esperanza: ¿Acción del Espíritu Santo sobre los hombres?

---

(9) Mensaje de Navidad de 1952.

(10) N.º 124, noviembre 1975. *Une espérance agissante.*

Fundación Speiro

Hay, por lo tanto, posibilidades, como dice Gustave Thibon: "*No es la luz la que falta, es nuestra mirada la que falta a la luz*".

En el ámbito laboral, en las empresas y por todas partes, no faltan soluciones ni hombres capaces de aplicarlas: lo que falta para orientar a estos hombres es nuestra mirada, nuestra inteligencia y nuestra voluntad, que están en defecto ante la realidad.

A pesar de los ataques de la revolución, la experiencia prueba cuanto creemos por nuestra fe, y son precisas pocas cosas para anudar de nuevo los nexos debilitados o rotos por el espíritu de la lucha de clases: Restablecer la intercomunicación quebrada por la mentalidad dialéctica, restablecer, mediante su restauración entre los hombres, las relaciones rotas por las tensiones de fuerza entre los patronos y los asalariados; restablecer el enlace roto entre asalariados y jefes de empresa; cuando se padecen cortacircuitos de poderes paralelos, restablecer los enlaces rotos entre cada hombre y su trabajo; y, cuando el abuso de taylorismo ha instaurado la ruptura entre los brazos y el cerebro, restablecer las relaciones rotas entre los poderes y la responsabilidad.

Es decir, para restaurar el orden social en el mundo del trabajo, no basta proclamar la doctrina: es preciso aplicarla y hacerla aplicar.

Estas legítimas razones de esperanza en un restablecimiento del orden social en el mundo del trabajo son igualmente las razones de nuestra esperanza política, desde diversos puntos de vista.

1. Esta conciliación de los hombres honestos acerca de los problemas concretos del trabajo, este encuentro entre hombres de diversas creencias en torno de puntos de obligado contacto de la vida del trabajo, ¿por qué no han de ser aplicables a los problemas políticos de las naciones? Nada lo impide, sino nuestro derrotismo.

2. El trabajo mismo y la vida en los lugares de trabajo son, en la hora actual, la mejor escuela de aprendizaje de las realidades cotidianas de la vida. Reconciliar el trabajo de los hombres es restaurar esta escuela de realidades y, por eso mismo, enriquecer el capital humano de las naciones, al cual tiende nuestra esperanza política.

3. Antoine de Saint Exupery decía: "*Si queréis que se odien, arrojadles monedas; pero si les hacéis construir juntos una torre, les haréis hermanos*".

Fundación Speiro

Lograr la concurrencia de los hombres en una obra común no sólo es reconstruir el tejido social, sino también la unidad intelectual de la nación, suscitando, por sus propias acciones, esa mentalidad consistente en buscar, siempre y ante todo, lo que une y no lo que divide, es destruir con hechos el mito de la lucha de clases.

Y todos sabéis que esta unidad mental no solamente es punto de paso obligado para la paz entre las naciones, sino también la clave principal de toda la defensa nacional y, por lo tanto, de la paz entre las naciones.

NUESTROS DEBERES POLÍTICOS.

La restauración del orden social, en el mundo del trabajo, requiere la restauración de las jerarquías.

La primera de las condiciones de nuestra acción es, por lo tanto, la de restaurar las jerarquías naturales, los cuadros del mundo del trabajo tanto como los del país, en su puesto y, naturalmente, de luchar contra todo lo que impida el funcionamiento normal de la sociedad. Este género de acción que el *Office* ha enseñado a todo seglar, no es nuevo en la historia: recordemos la realizada por Juana de Arco.

La acción sobre las élites naturales del país, según los métodos del *Office International*, es, por consiguiente, de ardiente actualidad.

Juana de Arco, en su tiempo, hizo coronar al rey, y todos tenemos alguien a quien hacer coronar, incluso en los niveles más modestos de todas las múltiples autoridades del país, desde el más humilde compañero hasta los cuadros más elevados del mundo económico y del mundo político.

En efecto ¿de qué nos serviría, por ejemplo, tener un rey o un jefe de Estado católico e instituciones católicas, si no tenemos autoridades reconocidas con poderes reales a todos los niveles de la vida social? El poder católico es, ciertamente, el poder del príncipe con sus atributos, la espada y la balanza, determinante de la conducta de

(11) J. Thibon, *Notre regarad que mènque á la lumire*. Fajard 1975.

Fundación Speiro

los hombres, incluso en el plano personal y religioso, pero la esperanza contempla también la impotencia de los Estados totalitarios para imponer en todas partes su voluntad y su potencia evidente cuando ejercen su mando las élites y las jerarquías naturales próximas a sus hombres.

La restauración del orden político, entiéndase bien, debe ejercerse a nivel de las instituciones del Estado, pero también es necesario y debe aplicarse en el nivel de los diferentes cuerpos de la sociedad, allí donde se ejercen múltiples poderes y, particularmente, en el mundo del trabajo.

La restauración de las relaciones humanas en el trabajo es condición necesaria para la resolución de los conflictos sociales y, en sí misma, es condición del orden político.

"*No es que la restauración del orden público sea, para nosotros, la primera de las causas de salvación* —escribía el Abate Roul—. ... *Pero si no es la primera en el orden de las causas, es la primera en el orden de las condiciones, en el sentido de que, mientras el orden político no se restablezca, es imposible que las causas directas de la salvación produzcan no ya sus plenos efectos, sino incluso su efecto normal*" (12).

Se comprende así que la misión de Juana de Arco hubiera sido, ante todo, política, y debemos comprender que lo mismo sucede en la nuestra.

Por nuestra acción cívica debemos, ante todo, preparar el terreno de la gracia, y el catolicismo es todo esto. Para convertir, es preciso redescubrir no sólo la vida religiosa católica, sino todo el catolicismo, con su doctrina social, su síntesis de verdad y, naturalmente, su religión y sus sacramentos.

"*Estaba desnudo y me habéis vestido, tenía hambre y me habéis dado de comer... todo cuanto habéis hecho al más pequeño de los míos, es a mí a quien lo habéis hecho*".

He aquí lo que, por nuestra acción cívica, podrán escuchar los hombres en el último día.

---

(12) Abbé Roul, *L'Eglise et le Droit commum*. Ed. Doctrine et Verité 1931, pág. 442.

Fundación Speiro